

Homenaje y nombramiento como Académico Honorífico del Ilmo. Sr. D. José María Martínez Urrea

*Alejandro Font de Mora Turón**

Académico Correspondiente de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana
Presidente de Las Cortes Valencianas

EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA RAMCV,
ILMO. SR. PRESIDENTE DEL COLEGIO OFICIAL DE MÉDICOS DE CASTELLÓN,
ILMO. SR. DIRECTOR TERRITORIAL DE LA CONSELLERIA DE SANIDAD,
ILMA. SRA. SECRETARIA DE LA RAMCV,
AUTORIDADES ACADÉMICAS Y SRAS. Y SRES.,
FAMILIA DEL HOMENAJEADO Y,
SOBRE TODO –LAST BUT NOT LEAST- NUEVO ACADÉMICO DE HONOR DR. JOSÉ M^a
MARTÍNEZ-URREA:

En aquel Servicio Militar, la “mili”, hoy desaparecida, existía una cartilla – cartilla militar- que contenía diversas especificaciones y, entre ellas, una: el “valor”, que se solía cumplimentar con un genérico “se le supone”; debe pensar la Academia que en mi actual militancia hay otra cartilla donde pone “capacidad oratoria” que, al parecer también se me “supone”, ya que el Presidente de esta docta Institución me ha indicado inmediatamente antes del comienzo del acto que debía intervenir, y no solo eso, sino que además mi intervención sería la de clausura del mismo. Espero que las notas que apresuradamente he pergeñado sirvan para dotar a mi parlamento de la necesaria ilación y coherencia que todos Vdes. y fundamentalmente el hoy homenajeado, merecen.

Pero no me ha de resultar difícil discurrir sobre la figura del Dr. Martínez Urrea puesto que su familia y la mía están unidas por lazos de amistad, a través sobre todo de su esposa Consuelo Dualde, pues tanto ella como sus hermanos los Dres. Vicente y Diego Dualde, también meritísimos miembros de esta Academia, proceden de Vila-real y mi padre q.e.p.d. Alejo Font de Mora, mantuvo con ellos una estrecha relación amistosa (aparte de la relación de vecindad, que también existió). Además, yo mismo, pude beneficiarme en los inicios de mi carrera de las enseñanzas y el ejemplo del Dr. Martínez-Urrea en aquellos días de la “Residencia del Sagrado Corazón”, antecedente inmediato del actual “Hospital General”, donde, como muy bien se ha glosado por los anteriores intervinientes, el hoy homenajeado ejerció una fecunda labor clínica y docente. Con emocionadas palabras el hijo del Dr. Urrea ha hablado de su padre, yo le envidio el privilegio, privilegio que no desafortunadamente no he tenido al haber fallecido el mío hace ya algunos años, pero les aseguro que lo hago con el mismo afecto que si lo estuviera haciendo para él, pues, además de amistad, ambos compartieron una misma época de la medicina,

ambos pertenecían a la generación nacida entorno a los años 20 del pasado siglo, generación que en condiciones durísimas y con muy escasos medios tuvo que afrontar –y lo hizo con éxito- cambios extraordinariamente relevantes en el quehacer médico.

Es verdad que en todo tiempo la Ciencia médica y su práctica están sujetas a cambios constantes, pero no es menos cierto que su generación vivió el tránsito entre la medicina decimonónica y la contemporánea. Baste decir para ilustrar este aserto que en su mayoría estudiaron la carrera en la era preantibiótica y luego, inmediatamente, la ejercieron en la postantibiótica, que supuso un giro copernicano en la práctica médica, con nuevas soluciones, pero también nuevos retos.

El hijo del Dr. Urrea, médico también, ha afirmado que su padre era un “Médico de otros tiempos”, un médico “anacrónico” (y no en sentido peyorativo) pues se desempeñaba, como sus compañeros en el tiempo, en los más variados menesteres: desde atender partos, fracturas y luxaciones, practicar transfusiones o, a pie de microscopio, valerse del laboratorio para mejorar su praxis. Así recuerdo y también a mi padre. En definitiva eran, en acertada denominación PANTIATRAS, es decir, “médicos de todo”, médicos totales. En estos tiempos de medicina “fracturada” o fragmentaria” por especialidades, esto resulta casi inimaginable, pero nosotros que los conocimos podemos dar testimonio de que esto era así, de verdad.

Es cierto no obstante, como se ha indicado por el Sr. Presidente de la Academia, que hoy en día sería absurdo por imposible, y tal vez por peligroso, pretender una tal amplitud de conocimientos, pues la lógica impone que la profundización notable en los diversos campos de la medicina lleva ineludiblemente a la especialización, pero tal vez con una inteligente y cautelosa determinación de los límites sería útil potenciar una Medicina Interna integradora de diversos saberes, pues aparte de la incidencia en la “sostenibilidad” del sistema obviaría algunos inconvenientes de esta actual “caleidoscópica” medicina especializada de hoy, inconvenientes que se hacen patentes en la anécdota personal que les voy a narrar.

En mis años de práctica clínica en Canarias, en cuya Universidad fui profesor, atendí a un paciente de Fuerteventura. Son la majorera gente recia, curtida por el sol, la sal y las arenas, pero este presentaba un estado de desnutrición acusada. Al interrogarle sobre qué comía me respondió: “almendras”. Pregunté yo: “y qué más”, “Sólo almendras, doctor”, me respondió. Intrigado insistí pero ¿cómo es eso? me dijo compungido: “Verá Ud. Dr. es que fui al cardiólogo y me quitó la carne y el pescado, todas las grasas, después el endocrinólogo, me quitó el azúcar, el pan, las pastas, las patatas, y el uno esto y el otro lo otro y al final lo que nadie me quitó fueron las almendras... y eso como”.

Esto es algo que indudablemente no pasaba en los tiempos de nuestro nuevo Académico Honorario, donde se atendía al paciente de manera holística y no solo en lo físico sino también en lo psicológico, pues como bien recordaba el maestro de esa generación y de todas, el Dr. Marañón, lo primero es atender al paciente como persona integral. El Dr. Urrea y sus coetáneos ponían en práctica una medicina afable, de proximidad, uniendo el rigor profesional con el cuidado emocional, no en vano sabían bien que la enfermedad supone para el paciente como persona un preocupante avatar que se inserta íntimamente en lo que el Profesor Carballo denominó “Urdiembre afectiva”, por eso y pese a limitaciones técnicas que hoy consideraríamos incompatibles con la práctica, ellos, él, el Dr. Urrea ejercieron una Medicina de calidad humana y profesional, que todo es uno y lo mismo.

Aun recuerdo yo al Dr. Urrea en aquellas habitaciones abarrotadas de la Residencia atendiendo a todos con elegancia y afabilidad, con tino y acierto terapéutico, que a los neófitos como yo nos hacía vislumbrar la grandeza de la profesión que habíamos elegido.

Pantiatra ¿? , pues es el Dr. Martínez-Urrea, pero también, con sentido práctico de acomodación, al tiempo nuevo, supo ver la necesidad de profundizar en un campo específico, y él lo hizo en el de la Alergología, con los excelentes resultados y logros que se han subrayado por quienes han precedido en el uso de la palabra, logros que le valieron en su día ser elegido miembro de esta Academia que hoy le honra con su máxima distinción y con ello nos llena a todos de contento.

Y acabo; dicen que los últimos frutos se dan en otoño, que en el invierno no hay frutos. El Dr. Urrea ha alcanzado la vejez como nos señalan sus níveos cabellos, una vejez que, pese a los achaques, y como nos recordaba Cicerón en su “De Senectute”, es una época más de la vida y como todas las épocas del ser humano, capaz de acoger satisfacciones. Por tanto si es cierto que en la vida botánica en el invierno no hay frutos, no sucede así en la vida académica que hoy le trae al doctor Urrea el reconocimiento máximo de esta docta Institución y con ella el afecto y la admiración de todos nosotros y sobre todo el patente amor de sus hijos y de su familia. Enhorabuena y gracias por su atención.

Y queda clausurado este acto.